

Manuel Othón, mexicano (1858-1906)

De esto hace ya bastantes años.

Encontrábame en una aldea muy antigua de la zona litoral del Golfo.

Tenía que regresar a la ciudad de mi residencia y emprender una jornada de muchas leguas. Abril tocaba a su fin y el calor era insoportable, por lo que decidí hacer la caminata de noche, pues de otra manera me exponía a un espasmo o a una insolación. Ocupé la tarde en los preparativos consiguientes, y llegadas las nueve de la noche, monté sobre una poderosa mula baya, y acompañado de un mozo de estribo, atravesé las calles de la villa, encontrándonos a poco andar en pleno campo.

La noche era espléndida. Acababa de salir la luna llena, pura y tranquila, envuelta en un azul diáfano, como si estuviera empapada en las olas del Atlántico, de donde surgía. Los bajos de la montaña envolvíanse en el caliginoso vapor del "calmazo", que así llaman a la calina en aquellas tierras. El cielo estaba resplandeciente, como si fuera una bóveda de cristal y plata. Desde la salida del pueblo, el camino se marcaba vigorosamente al borde pedregoso y áspero de un acantilado, a cuyo pie, por el lado izquierdo, rodaba el río entre guijas y peñascales, con un rumor a veces como el de un rezo, a veces como el de una carcajada. A la derecha se extendía la muralla movable y verdinegra de un inmenso bosque. De manara que la senda, muy angosta, corría, corría y se prolongaba entre el acantilado del río y la cortina del follaje.

Buen trecho del camino habíamos recorrido, cuando mi acompañante me advirtió haber olvidado un tubo de hojalata que contenía para mí papeles de la mayor importancia. Le obligué a regresar, lo cual hizo volviendo grupas, y, disparado a carrera tendida, bien pronto se perdió su figura entre la claridad de la noche, y el ruido de los cascos entre el murmullo del río y el rumor de los árboles.

Seguí hacia adelante, paso a paso, con objeto de que el mozo me alcanzara en breve tiempo.

La brisa que soplaba desde el mar, llegó a refrescar la caliente atmósfera, barriendo los sutiles vapores del "calmazo" y dejando contemplar el paisaje hasta la las más profundas lejanías, todo envuelto en la inmensa ola de aquella noche tropical y divina.

Todo era luz y blancura en aquella noche del trópico. Los peñascos aparecían semejantes a bloques de plata, y las frondas, los matorrales y la maleza mismo, temblaban como nervios de cristal, vibrantes y sonoros. El río era un chorro de claridad y sus espumas relampagueaban como un lampo, heridas por la mirada luminosa que el firmamento incrustaba en ella desde su alcázar de diamantes.

Mi cabalgadura seguía al paso, ya hundiendo los cascos en el polvo de la senda, ya aferrándose sobre las duras peñas del cantil. La mula era mansa y obediente al más ligero estímulo de la rienda o de la espuela. Caminaba, caminaba sin reparo y sin tropiezo, con el cuello flácido y la cabeza inclinada. Prolongábase el sendero más y más, blanqueando el terreno y torciéndose, plagándose a las ondulaciones del bosque, de los cantiles y a las quebraduras del terreno. Yo me había abstraído tan hondamente en el pasmo contemplativo de la meditación, que estaba ya en ese punto en que a fuerza de pensar, en

nada pensábamos. Poco a poco, una dulce tristeza me envolvía, porque el campo era triste, aún en las horas en que mayor vida rebosa.

De repente levantó mi caballería la cabeza, irguió las orejas, arqueó el cuello, y, resoplando por la nariz, dilatado el belfo y los ojos fijos en un punto frontero, intentó detenerse. Rápidamente volví sobre mí, inquiriendo la causa de aquel accidente. Con la vista recorrí toda la extensión que me rodeaba. Estoy acostumbrado a ver larguísimas distancias y la noche no es un obstáculo para que pueda distinguir un objeto lejano sin más claridad que las estrellas. Nada extraño descubrieron mis ojos. Castigué a la acémila con el látigo y la espuela, y el animal, resentido al castigo, continuó al instante su camino. Imaginé que habría advertido la presencia de alguna víbora que atravesaba el sendero y no di la menor importancia a aquel suceso.

Seguí sin detenerme; pero, a medida que avanzaba, el animal mostrábase inquieto y receloso. Pocos minutos transcurrieron, cuando por segunda vez, pero de una manera más acentuada, paróse la mula, olfateando el aire con la nariz hinchada y erectas hacia adelante las desmesuradas orejas. Empecé a inquietarme, pero sin llegar a la alarma. Fustigué vigorosamente a la bestia y la obligué a tomar de nuevo su andadura. Con más detenimiento y cuidado examiné la senda, el bosque, hasta donde la mirada podía penetrar, y el fondo del barranco por donde el río se deslizaba. Inútil fue también aquella segunda inquisición. Afianzado ya en los estribos, enderecé la marcha, confiado y resuelto, hacia el punto que era objeto de mi viaje.

Hasta entonces había logrado que la mula obedeciera; mas sobrevino una tercera detención, y entonces el espanto que se apoderó de la cabalgadura empezó a transmitirse a mis nervios. Ya el azote, la rienda y las espuelas hincadas despiadadamente en ijares, fueron inútiles.

Con un supremo esfuerzo, logré aquietar mi espíritu y calmar la tensión de mis nervios. No llevaba conmigo más que un revólver y un cuchillo de monte, inútiles en un combate con el poderoso felino. Las apercibí, sin embargo, para usar de ellas rápidamente, y procuré orientarme a fin de seguir el mejor camino, en caso de poder emprender la fuga. Pero, de pronto, ya con calma, eché de ver que la mula pugnaba por internarse en el bosque, y esto me devolvió completamente el valor perdido, pues en caso de que la fiera me acechara, debía estar precisamente oculta en el bosque, entre las malezas, y en tal caso, el instinto de mi cabalgadura le habría indicado tomar otro sendero. Además en el camino que se extendía ante mí, a una distancia muy larga y que se descubría del todo, no había cosa alguna que semejara jaguar o pantera, que son los dos animales feroces a quienes los naturales de aquellas marcas dan el nombre de tigre.

Entretanto, la mula se había calmado también un poco, más bien agotada por el miedo y el terrible castigo que yo le seguía imponiendo sin misericordia, que por que hubiera presentido la ausencia del peligro. Este continuaba, pues ni un momento dejó mi pobre bestia de olfatear el aire, lanzando entrecortados resoplidos. Luego de allí, de la prolongada vereda venía el peligro. ¿Qué podía ser?. La proximidad del hombre no espanta a ninguna clase de andaduras, por más que la presiente desde muy lejos. El movimiento que hacen en presencia de la serpiente, no tiene nada de común con aquellas muestras de terror sumo que aún duraban en mi espantado animal, rebelde todavía a continuar la marcha. Confuso y pasmado, buscaba yo cual podía ser el objeto que en tan penoso trance me pusiera; cuando a lo lejos...

Allá, de un recodo del camino, surgió de pronto una figura que, aunque avivó de

súbito el terror de mi acémila, vino a infundirme un rayo de consuelo, devolviendo del todo la tranquilidad a mi fatigado espíritu. Era un animal, al parecer asno o caballo, de color negro, que la blancura de la noche hacía más negro aún. Sobre él, a horcajadas, sosteníase un hombre vestido de pardo. Estaba el grupo todavía muy lejos para poder apreciar otros detalles; mas desde luego, aquello era un hombre y yo no estaba ya solo en el monte.

Me ayudaría sin duda, a salir de aquel conflicto y ambos investigaríamos la causa de tan grande susto.

Pero lo extraño, y lo inaudito que para mí no tenía explicación, era que, a medida que se acercaba aquel a quien yo veía como a un salvador, mi malhadada cabalgadura se estremecía e impacientaba por huir. Sin embargo, transcurrido el período álgido, yo podía refrenar aquellos desaforados ímpetus. Soy un jinete medianamente diestro, y me impuse al animal, casi gobernándolo por completo.

En tanto el otro jinete iba acercándose paso a paso, muy lentamente, como quien no tiene prisa de llegar a parte alguna. Por la andadura conocí que venía montado sobre un asno, al que no estimulaba para que avivara el paso, dejándolo caminar a toda su voluntad y talante.

El lugar donde me encontraba detenido era un sitio más amplio que el resto de la vereda, pues allí precisamente empezaba a ensanchar el camino, en virtud de que los acantilados se iban deprimiendo paulatinamente, formando sobre el río macizo talud de piedra. Ya mi taciturno compañero estaba cerca y pude distinguir que no traía sombrero y sí solamente "paliacate" ceñido a la cabeza. Quise adelantarme a su encuentro, espoleé, herí las ancas de la cabalgadura, que resistía de todo punto y sólo conseguí acercarla a la vera de la espesura, donde los árboles formaban un claro. En esa posición esperé, siempre con el revólver apercebido, pues no me parecía de más precaverme.

Cierto malestar empero, una especie de ansiedad aguda me oprimía el pecho, pues, a pesar de todo, aún de la próxima compañía de aquel viajero, encontrábame en presencia de algo desconocido, de algo raro, y yo presentía que un acontecimiento estaba pronta a sacudir mi ánimo hasta en lo más profundo.

Ya sólo unos cuantos pasos nos separaban. Ansioso por dar fin a tan extraña situación, hice un supremo y vigoroso esfuerzo, levanté las riendas, hincé la espuela y sacudí el azote, todo a un tiempo, y la mula se lanzó desesperadamente hacia el perezoso grupo, deteniéndose de improviso a unos tres o cuatro metros de distancia. El negro animal, con esa particularidad de los de su raza, se acercó afanosamente al mío, hasta quedar frente a frente los dos y yo con el jinete.

Brusco, terrible, hondísimo, fue el sacudimiento que estuvo a punto de reventar los más vigorosos resortes de mi organismo. Un sólo instante, pero tan rápido como una puñalada o la fulminación del rayo, que destrazan y aniquilan; un sólo instante clavé los ojos en aquella faz que ante mí revelaba sus contornos de un plasticismo brutal y espantable, hasta el espasmo del horror. Y en ese instante lúgubre, no hubo línea, detalle ni sombra, que no se incrustaran profundamente en lo más escabroso y recóndito de mi ser.

Era un rostro lívido, cárdeno, al que la inmensa luz lunar prestaba matices azules y verdes, casi fosforescentes: Eran unos ojos abiertos y fijo, fijos sobre un solo punto invariable, y aquel punto, en tal instante, eran los míos, más abiertos aún, tan abiertos como el abismo que traga tinieblas y tinieblas sin llenarse jamás. Eran unos ojos que

fosforecían; opacos y brillantes a un tiempo mismo, como un vidrio verde. Era una nariz rígida y afilada, semejante al filo de un cuchillo. De sus poros colgaban coágulos sangrientos, detenidos sobre escaso e hirsuto bigote, que sombreaba labios delgadísimo y apretados. Eran unas mandíbulas donde la piel se estiraba tersa y manchada de pelos ásperos y tiesos; y del lienzo que ceñía la frente, se escapaba hacia arriba, un penacho de greñas que el viento de la noche azotaba macabramente.

Debajo de aquel rostro lóbrego y trágico a la vez, un tronco enhiesto y duro dejaba caer los brazos como dos látigos sobre las piernas dislocadas. Del extremo de aquellos látigos, envueltos en manta gris, surgían dos manos que se encogían desesperadamente, cual si apretaran asidas alguna invisible sombra. Y todo aquel conjunto era un espectro, un espectro palpable y rea, con cuerpo y forma, destacado inmensamente sobre la claridad del horizonte.

¿Cómo pude resistir tal aparición?, ¿Cómo logré sobreponerme a mis temores y dominar la debilidad de mis nervios, tan trabajados por las repetidas y tremendas emociones de aquella noche?

¿Cómo alcancé, por último, a conservar un punto de lucidez y desviarme de tan horrenda larva, lanzando mi cabalgadura, como quien lanza hacia el vértigo, por entre las intrincadas sendas del bosque, para ir después a tomar de nuevo el camino que mi instinto solamente me señalaba?. Lo ignoro todavía. Sólo sé que, al cabo de algún tiempo, pude orientarme hacia el sendero antes seguido y ya sobre él proseguí la marcha como a través de un sueño.

Como a través de un sueño proseguía, que todo en derredor tomaba aspecto de las cosas entrevistas cuando soñamos. Pero la realidad se imponía tiránicamente a mis sentidos y en vano me figuraba caer bajo el aterrador influjo de una pesadilla.

Galopaba, corría frenético por el blanco sendero que otra vez tomara al salir de la selva. El viento me azotaba el rostro, mis oídos zumbaban y una especie de vértigo me impelía. Pero la misma frescura de la noche y aquel furioso galopar, fueron parte a calmar mi excitación. El perfume acre y resinoso que venía arrojado en el aliento de la montaña, al penetrar en mi pecho, ensanchó mi ánimo a la par que mis pulmones. Ya la aparición iba sepestando de mí, no la distancia ni el tiempo transcurrido; veíala en mi mente como a través de muchas leguas y de muchos años.

Al cabo de algunos momentos, fuese aflojando la carrera y yo no procuraba ya excitarla. Atrevíame, primero una, luego dos, por último, repetidas ocasiones, a volver atrás la cabeza y hundir la mirada en el espacio luminoso. Nada. La soledad que se extendía, que se dilataba en mi derredor, por todas partes. Aquel volver atrás los ojos llegó a ser una obsesión dolorosa que habría continuado distendiendo mis nervios de nueva cuenta, a no haber percibido de lejos voces humanas, cuyo rumor mágico acarició mis oídos como una celeste música, pues había llegado casi a perder la noción de la humanidad, y pienso que sentí lo que el naufrago confinado a una isla desierta, que después de mucho tiempo logra ver a sus semejantes.

Las voces se acercaban, y distinguí luego un grupo de hombres que venía por el camino platicando y riendo en amigable compañía. Llegaron hasta mí, saludándome corteses y sencillos. Eran cinco y todos marchaban a pie. A la pregunta que les dirigí sobre la causa que los obligaba a caminar a deshora, pues no veía en ellos ningún apero de labranza ni señal que indicara trabajo alguno, contestáronme, dándome desde luego la explicación de lo que me había ocurrido, aunque yo me guardé bien de hacerles conocer

el horror pasado, que ellos, seguramente, adivinaron en mi descompuesto semblante.

En un rancho de la vecina sierra, la tarde anterior había ocurrido una riña a mano armada, en la que sucumbió uno de los rijosos. El matados emprendió la fuga y el cadáver, consignado a la autoridad, iba conducido a la villa de la extraña manera en que yo le había encontrado. Para ahorrarse molestias y evitar que el ramaje se ensanchara en las ropas del muerto, colocáronle los conductores a horcajadas sobre un paciente pollino, sosteniéndole con dos estacas convenientemente aderezadas en el aparejo.

Al saber semejante cosa, encontradas sensaciones se apoderaron repentinamente de mí; ya era un anhelo brusco de abrazar, de agasajar a aquellos bárbaros, ya un furioso deseo de acometerlos. Contuve, sin embargo tales ímpetus, despidiéndome de la patrulla, proseguí la interrumpida jornada.

La del alba se venía a toda prisa, cuando el repetido ladrar de perros y el alegre canto de los gallos me anunció la cercanía de un rancho que se recuesta en los estribos de la montaña. Llegado que hube, hice parada en el primer solar cuyos jacales empezaban a humear. Eché pie a tierra y me propuse a esperar a mi rezagado mozo, mientras daban un pienso a mi caballería, y a mi frugal, aunque confortante refrigerio. El sol salía apenas, cuando, despavorido, trastornado, casi loco, llegó, por apartado sendero, el infeliz sirviente. Detenido en la villa mientras le entregaban los papeles, le pareció necesario refocilarse con buena ración de aguardiente. Un tanto ebrio, emprendió a todo escape la carrera para darme alcance, pero a poco la dipsomanía le obligó a detenerse en las últimas casas del poblado.

Ya bastante excitado, prosiguió la marcha, y en un lugar del camino tuvo el mismo pavoroso encuentro que yo. Llevaba un inmenso cigarro de hojas de maíz y había gastado todos los fósforos en encenderlo. Al divisar al macabro noctámbulo, dirigióse resueltamente a él para que le proveyera de fuego, y su sorpresa y espanto fueron mayores mil veces que los que yo pasara, pues montado en un caballo que no se asustaba, y siendo supersticioso en extremo, como toda la gente campesina, fue brusquísimo y terrible el golpe moral que recibió su mezquino y desorganizado cerebro. La embriaguez huyó como por encanto; y, habilísimo jinete, se arrojó por el acantilado abajo, siguiendo toda la margen del río, hasta encontrarse conmigo en el rancho de la montaña. Por esa razón no topó con los conductores del cadáver, y le tuvo, desde el espantable encuentro, por cosa del otro mundo. Cuando rendimos al día siguiente la jornada, cayó el desgraciado mancebo presa de mortal paludismo, que degeneró en una terrible fiebre cerebral.

Pocas semanas después estaba muerto.

Y yo, a pesar de lo bien librado que salí, no las tuve todas conmigo.

Obra: Poemas Rústicos.